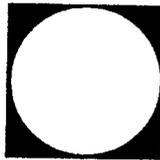


Oscar Masotta y Carlos Correas



Hugo Vezzetti

Correas ha producido una biografía muy particular,¹ escindida moralmente entre los orígenes intelectuales que compartió con Masotta y los respectivos itinerarios posteriores. Como sigue de cerca a su sujeto o, más bien, se mira continuamente en él, construye desde esa colocación un lugar personal e intransferible de narrador participante, de modo que en esta historia, escrita casi siempre en primera persona, hay más de un protagonista. Masotta es el tema del relato tanto como lo es Correas, comprometido a exponerse, ante todo, porque su historia se sostiene en el despliegue de una verdad que se construye subjetivamente. Desde allí, dispuesto a hablar sin ceder a ninguna complacencia, el texto de Correas es duro e inconformista, en un estilo y dotado de una fuerza y una originalidad que no tiene parangón entre lo publicado en los últimos años.

En los mejores tramos del relato el narrador escribe desde un *nosotros* que incluye al otro como su *alter ego* ("Masotta y yo", podría ser un título alternativo) y desenvuelve las peripecias de una relación procurando restituírnos la significación, siempre ambigua, de una vida humana reescrita desde la muerte. La narración en primera persona del plural se sostiene

en "anécdotas" situadas en unos años cincuenta que ocupan, propiamente, el lugar de un mito de los orígenes: "veinteañeros" es la expresión más reiterada para referirse a esa etapa. Y si sus protagonistas emergen como infortunados, desesperados por superar la marca de la ilegitimidad, se sostienen, desde los márgenes y siempre en el límite de la impostura, en una fantasía *épica* de identidad intelectual, notablemente alimentada por el cine: los mercenarios de *El salario del miedo* o el héroe del oeste americano, solitario y autosuficiente, que siempre se va después de cumplir su obra justiciera y de haber obtenido el amor de una bella mujer.

Era la edad de la *aventura* intelectual y sexual. "De ella proviene el sentimiento de haber tenido una juventud" (p. 27). Y aunque Correas declara que no escribe cediendo a la nostalgia, es recordando esos años que se le escapa un "éramos bien felices" (p. 26) que contrasta con el tono áspero y escasamente esperanzado con que vuelca su conciencia sobre los distintos tramos de esta historia.

Desde esos orígenes y fiel a los mismos, Correas construye al mismo tiempo un ficción autobiográfica que lo muestra sostenido por la pasión de la autenticidad, afirmado en una posición de *outsider*, refugiado en la soledad de la filosofía y enfrentado a las modas. Escrito a contrapelo, desde los ideales del pasado y, a la vez, extremadamente sensible a las condiciones presentes, capaz de mirar con ojos extrañados e inclementes las miserias y los lugares comunes de muchos de

¹ Carlos Correas, *La operación Masotta (Cuando la muerte también fracasa)*, Buenos Aires, Catálogos, 1991.

nuestros hábitos intelectuales, este ejercicio crítico merece mejores lecturas que las que pueden esperarle en el campo del lacanismo vernáculo.

En cierto sentido, puede ser leído como una historia en primera persona del *sartrismo porteño* y sus consecuencias en el proyecto de "inventar un tipo de intelectual". Y si el compromiso esencial a esa función intelectual se establecía, a la vez, con la *política* y con el *cuerpo*, es decir, con la sexualidad, este libro, fiel a la consigna de decirlo todo (casi), saca a la luz, junto a la historia intelectual, las peripecias de una trama erótica cruzada que juega todo el tiempo a ampliar los límites de lo decible.

Esa presencia de Sartre en Buenos Aires² era esencial a esa identidad y a ese "proyecto", y el libro de Correas permite explorar inicialmente los obstáculos de esa identificación y las ambigüedades de los mandatos resultantes. Sartre mismo estaba a la vez cercano en los ideales y muy lejos de la posición social e intelectualmente marginal del terceto (incluido Sebrel) en el que Correas coloca la inicial construcción grupal del proyecto de devenir intelectuales. Más bien es en Genet, o en personajes de Sartre (o de Roberto Arlt) donde hay que buscar las raíces de esa afirmación de la *bastardía* como valor, y de la marginalidad como construcción y perseveración. Finalmente, si Sartre era un modelo de inconformismo anti-burgués —y desde allí hacía lugar al odio y al *resentimiento* ("sentimiento sartreano", dice Masotta, refiriéndose al cuento "Eróstrato", en una carta a Correas)— también mostraba el ejemplo de un escritor consagrado y exitoso en el *mercado*.

Entre el triple intento de suicidio y la muerte final de un Masotta ya "muerto en vida" transcurre la mayor parte de este libro.

El "crack mental" de Masotta, en 1960, coincide con el colapso del *sartrismo* y condensa traumáticamente, en el relato de Correas, el momento inicial del pasaje a "otro" Masotta y el comienzo de la separación. De Sartre —y Marx— a Lacan se consume, a lo largo de la década del sesenta, la relocalización de Masotta en el escenario intelectual. Y sin embargo, los recursos no son tan diferentes: sólo que el "plagio" habitual —siempre de autores franceses— parece haber cambiado radicalmente su sentido cuando alcanza una "operación" exitosa que encuentra su público. Pero el acceso de locura de 1960 se constituye en un punto de encuentro de varias líneas de acontecimientos. Ante todo, la pérdida de la juventud asociada a la aventura, pero también la muerte simbólica de Sartre que se suma a la muerte del padre de Masotta. El fin de la década del cincuenta coincide con la llegada de la *Crítica de la razón dialéctica*, un libro sartreano que ya no es posible leer como los anteriores. En 1959 Masotta había publicado su artículo sobre Sartre y Lagache, que motivó la réplica de Eliseo Verón, ilustrativa de los cambios que estaban ya en el aire.

Con la colocación intelectual posterior a su recuperación de la crisis, Masotta comienza el pasaje al "estructuralismo",

² Jorge Lafforgue me contó alguna vez un sueño que Masotta, en aquellos años, comunicaba eufórico a sus amigos: un encuentro con Sartre caminando por la calle Corrientes.

la pérdida de Sartre y de sus amigos y la inicial conversión en el "intelectual contemporáneo o teórico" que busca retratar críticamente Correas. Y allí, coincidentemente con ese desenlace traumático del proyecto conjunto de devenir escritores e intelectuales, empieza la historia de una separación, de una creciente distancia y ajenidad que Correas despliega recurrentemente, al modo del "ajusticiamiento" que también formaba parte de las polémicas veinteañeras.

Desde esa separación, la "biografía" de Correas no sólo presenta a un Masotta diferente sino que modifica sustancialmente sus vías de acceso; el autor deviene "lector" implacable y las anécdotas ceden frente al ejercicio de una *crítica textual*, con elementos de crítica erudita, en la que Correas parece sostener su necesidad de distancia. Si el blanco de tal ejercicio se hace patente en el examen de los setenta —el "masottismo"— una línea argumental esencial a su tratamiento del Masotta de los sesenta acentúa todo lo que desde allí parece preanunciar el destino ulterior. La declinante y decepcionante década del sesenta —en la visión de Correas— es reconstruida casi únicamente como ciclo de formación del "masottismo"; para lo cual debe descuidar una consideración que atienda a esa trayectoria abierta y temáticamente heterogénea (del psicoanálisis a la historieta y del "pop-art" a la semiología y la crítica literaria). Lo menos que puede decirse es que el Masotta sesentista así propuesto —justamente cuando se acentúa la búsqueda de distancia a través del análisis de los "textos públicos"— es una construcción retroactiva, realizada desde el desemboque en ese rol autoungido de evangelizador del lacanismo en dos continentes.

Donde no señala rasgos comunes del campo ("provincialismo" y "esnobismo" son las categorías que aplica), la crítica de los escritos de Masotta cae, por momentos, en un litigio menudo por las palabras, los usos, y el manejo de términos extranjeros. Sucede que si se trata de examinar la colocación de Masotta en el psicoanálisis, la cuestión fundamental —¿qué hay de perdurable en los textos psicoanalíticos de Masotta y en las consecuencias teóricas e institucionales de su enseñanza?— es inabordable si no se incluye un examen de situación del campo psicoanalítico.

Cuando, como un crítico erudito, Correas intenta escribir otro libro, distanciado del impulso subjetivo —que es su mejor atributo— se vuelve un polemista, en el mismo estilo del litigio por la verdad que señala en su biografiado. Al mismo tiempo, puede decirse que una crítica "distanciada" de los escritos de Masotta no se combina bien con las modalidades de un texto cuyo objeto es el *hombre* más que la obra, retratado desde una posición y una exposición personal que desborda a cada momento.

Por otra parte, no hay espacio para una crítica propiamente conceptual si no se sitúan los parámetros de una relación de lectura e investigación con el psicoanálisis como cuerpo teórico. En ese sentido, la pregunta por las razones "internas" o "externas" del pasaje masottiano de la fenomenología al psicoanálisis (punto sobre el cual Correas polemiza con Verón) requería otro abordaje.

Hay varios núcleos disponibles en el texto para la reconstrucción y formación de identidades, creencias y valores en la zona crítica del campo intelectual de esos años. El desplaza-

miento de la identidad "sartreana" coincide con el abandono de la *política* como "compromiso", después de la decepcionante experiencia de apoyo al frondicismo. Correas caracteriza ese pasaje hacia un rol "teórico" (que encuentra su pronunciamiento en el "Prólogo" de 1967 a *Conciencia y estructura*) como el abandono de una "moral de la temeridad" por una "moral de la cautela", que habría coincidido, por otra parte, con los respaldos "institucionales" que Masotta obtenía, simultáneamente, del Instituto Di Tella y de la Universidad de Buenos Aires.

Entre los componentes de esa reconversión de Masotta —en camino de devenir "Maestro"— se sitúa la pasión por introducir y difundir el "pensamiento contemporáneo", condición que exige, concomitantemente, colocar a Lacan en ese mismo lugar que antes ocupaba Sartre. Pero también operan en el campo los efectos del "escepticismo" posterior al traicionamiento compromiso de franjas intelectuales —Masotta y Sebrelí en primer lugar— con el peronismo a través de la gestión de Frondizi. Si desde allí se abrió, para algunos, un camino político que relegaba las tareas de la inteligencia, Masotta encarna una trayectoria diferente, impulsado a un rol teórico, mediador e introductor del saber *à la page*, creador y prisionero de las demandas del público.

En todo caso, es del lado de la relación con ese público (con el mercado, para decirlo con una palabra odiosa y a la vez inherente al sueño de consagración que alimentaba los fantasmas juveniles) a cuya constitución y transformación Masotta contribuyó como nadie, donde haría falta bucear para alcanzar una mayor iluminación de ese pasaje, en la medida en que —como Correas lo dice, por otra parte— Masotta es también una creatura de esas demandas.

Y sin embargo, cabe preguntar ¿fue esencialmente Masotta un intelectual que corría detrás del público y se movía con la moda? Porque en verdad jugó a ser el "fundador" y evangelizador de grupos de un modo que en parte anticipaba al mercado, y continuó su misión en tierras extrañas, según el modelo del héroe del Far West que siempre se está yendo. En esa fe en la empresa de la enseñanza y en el rol de transmisor de una "verdad" que siempre viene de fuera, hay que señalar rasgos que preexisten a Masotta y que han sido estructurales a los procesos de construcción y transformación de los intelectuales en la cultura de Buenos Aires. De modo que no habría que tomar al pie de la letra, como recurso explicativo de las motivaciones de Masotta, la identificación que él mismo exhibe con las ambiciones de un personaje de Roberto Arlt: dinero, mujeres, prestigio. En todo caso, la pregunta por cómo ser un intelectual en la Argentina en esos tiempos difíciles debería guiar una indagación de los pasajes y los virajes de Masotta.

La caracterización del "masottismo", correlativa a la de "provincialismo", está construida fuertemente sobre una consideración cuestionadora de los modos de la *docencia* como "pensar vacío" y mimesis repetitiva determinada por la "audiencia". La degradación masottiana, su verdadera enfermedad mortal y el camino hacia un suicidio prolongado, coincidiría con la inclinación a los imperativos de la *didáctica*.

Pero con ello Masotta realizaba esa fantasía de mercena-

rios que había sostenido la común identificación con los personajes del film de Clouzot. En el camino, ¿fue la "aventura" lo que se perdió? Y sin embargo, si se reemplaza la "seriedad" del "masottismo" —sobre la que insiste Correas— con la apreciación de un juego de ficción, es decir, con la alternancia entre la seriedad y el juego a ser serio, puede que la aventura haya durado hasta el final. No se puede desconocer el lado "riesgoso" y aventurero presente en esas opciones, como lo muestra la historia —cómica, para quien la sigue desde fuera— de los acontecimientos de 1979: el líder fundador despojado de "su" escuela por la conjura de unos necios que él mismo formó.

Evidentemente, no entra en los propósitos de Correas un ejercicio analítico de la trama de factores que se conjugan en esas dos décadas; tampoco le interesa colocar la trayectoria de Masotta en relación con la de otros intelectuales o con las condiciones propias de un campo psicoanalítico en transformación que pierde por el camino a los héroes modernizadores nacidos de sus propias entrañas, por ejemplo José Bleger. Y la mención de Bleger no es circunstancial aunque más no sea porque ese nuevo público consumidor de psicoanálisis que Masotta reúne a su alrededor viene, en gran medida, de un blegerismo desencantado.

Finalmente, más allá de las intenciones y las certezas de Correas, este libro contribuye a replantear las razones que convirtieron a Masotta en el único intelectual que mantuvo su colocación, cambiando de público, en las dos décadas, cuando el campo intelectual viraba y se transformaba. Las vicisitudes de su extraordinaria implantación imponen ampliar el análisis hacia su público y sobre las vicisitudes de esos campos —diferenciados y cruzados a la vez: cultura, literatura, política, psicoanálisis— que lo tuvieron por protagonista.

Es fácil evocar en este libro el impulso inicial de *Merleau-Ponty Vivant*, dedicado por Sartre a la memoria de su amigo muerto, en este caso trabajado mucho más desde la carga exhibida del odio y del amor; pero también la colocación y la entonación, entre fascinada y desencantada, de un "largo adiós". A partir del propósito simple de escribir sobre "un amigo muerto que murió mal" Correas produce un texto que puede ser leído como un inquietante conjuro de la *muerte*. Por una parte, podría tomarse como la historia de una amistad contada por el sobreviviente, en la que sólo la muerte hace posible reparar, por el testimonio y el sentido, la trama vivida de separaciones y fracasos, de desencuentros y suicidios latentes: la muerte como reencuentro, como rememoración vivificante. Hay un "muerto en vida" (Masotta), desde los ideales juveniles, reconstruido en un universo de palabras.

Pero es, también, la empresa de un asesinato por la escritura (¿no dice Correas que en ese terceto de los orígenes cada uno fantaseaba la muerte de los otros dos?), una segunda muerte del amigo perpetrada desde la fidelidad a un proyecto que estaba condenado al fracaso.

"Vivíamos *huis clos*, como debía ser" (p. 27). Tal el registro que querría destacar de este libro bello y exasperante: un acto, a la vez gratuito y absolutamente necesario, preparado durante años y que, como el del Eróstrato sartreano, es arrojado a los demás en la mayor de las incertidumbres.